

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 19 DE SETIEMBRE

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

## El marimbero

A OCTAVIO JIMÉNEZ A.

EN verdad que hay vidas tristes que están tendidas entre el nacimiento y la muerte, lo mismo que una hebra de dolor entre el huso y las tijeras de las Parcas, y esta de Elías Pizarro es una de ellas.

Elías Pizarro, el muchacho de Fildelfia, la pintoresca población a orillas del Tempisque.

Elías, como el profeta judío que fué arrebatado a los cielos en un carro de fuego y Pizarro, como el atrevido conquistador de los Perús. Pero ante la mísera figura, uno se preguntaba por qué le tocara un nombre evocador de fuerza. Elías Pizarro era pequeño, canijo; la cabeza ridícula con un germen de nariz en medio rostro; ojos extraviados, labio leporino con división en la bóveda palatina, lo cual unido a lo caprichoso de sus fosas nasales lo hacía emitir una voz tan ridícula, que al oírlo por primera vez, los niños y las gentes torpes se echaban a reír como si sintieran que aquella voz les hacía cosquillas en el oído. Su inteligencia era clara y el destino dejó perdido en este espíritu un inmenso deseo de alegría y de amor que me hacía pensar en unas castañetas y en una flauta de plata abandonadas en el rincón de una choza miserable.

Desde niño la burla zumbó en torno suyo implacable y tenaz. Chiquillos y viejos y hasta sus propios hermanos, punzaron siempre sin piedad sus deformidades. Y quién sabe qué imaginación cruel, impresionada por la falta de nariz—admirículo indispensable en la faz humana para disimular la calavera que se esconde bajo la piel—dejó caer sobre la triste figura el mote de *naricetas* con que se le conocía en la vecindad y en los pueblos del contorno.

Pero yo, que cuento parte de su vida, no quiero usar nunca para evocar su memoria este apodo de burla, y me complazco en olvidar su cabeza ridícula, su voz deforme, y me asomo por sus ojos extraviados para contemplar

con amor al artista, al marimbero que se ocultaba dentro de tan infeliz apariencia.

El pobre Elías Pizarro amaba lo bello y lo fuerte y su mirada estropeada se iba tras las buenas mozas sin lograr alcanzarlas. Las palabras de amor espiraban en sus labios convertidas en mtecas.

Como era tan debilucho y enclenque, no pudo ser sabanero para lazar toros salvajes en carrera loca, ni lucirse en las fierras, ni galopar por las calles de la villa en los días de pago, con unos cuantos tragos en el buche, espoleando con los talones los ijares de la bestia, contemplado por las morenas muchachas de ojos muy negros y dientes muy blancos.

En más de una ocasión diérame envidia oír entrar por las noches en la casa paterna, de vuelta de la faena, a sus hermanos—apuestos mancebos de piel aceitunada—pisando con orgullo inconsciente el suelo con el desnudo pie y chasqueando los flecos de cuero, adorno de las botas de los sabaneros, que suben hasta el muslo.

Elías Pizarro era el mejor marimbero de muchas leguas a la redonda.

La música de su marimba fué quien logró que el prójimo se reconciliara con su fealdad y hasta la olvidara a ratos.

Su marimba fué su amada y su amiga; ella fué quien ahuyentó la burla de su lado en más de una ocasión, e interpuso entre Elías Pizarro y el aguijón de las bromas torpes, su velo de armonías.

Toda su ansia de alegría encarcelada en su cuerpo desgraciado, todo su anhelo de belleza y de amor, toda su desoladora tristeza, encontraron en su marimba un medio de expresión. Por medio de ella lograba dar voz a la angustia y a la ternura que se quemaban dentro de su corazón, y a los sentimientos que le producía la contemplación de la naturaleza.

Caían los bolillos sobre el teclado, a

veces cual piedras lanzadas por mano furiosa contra la quietud de un remanso, y al punto saltaba la música en lamentos y todo lo aspergeaba de dolientes melodías; a veces lo rozaban apenas, lo mismo que el ala de las garzas la superficie del río a la hora en que el crepúsculo va ungiendo el paisaje de paz. O bien cantaban el hondo deseo de sentirse amado; de pronunciar la palabra tierna que trata de posarse en el oído adorado con la levedad de la mariposa sobre una flor; o describían el beso del amante que posee o la desesperación del hombre despreciado.

Además, Elías Pizarro sabía fabricar marimbas. Nadie como él para dar a la caoba o al laurel macho aquella sonoridad de fino cristal que vibraría al golpe leve de una gota de rocío.

Le gustaba trabajar sus marimbas por las tardes: en el invierno se retiraba en un rincón de la gran cocina de la casa paterna y labraba las teclas mientras las llamas danzaban sobre los leños del hogar y el río desbordado pasaba mugiendo; en el verano se sentaba embebido en su labor, bajo el añoso genízaro que sombreaba la entrada y entre cuyo follaje gris el viento murmuraba cosas misteriosas y dulces.

Y el corazón se sentía inundado de una inefable emoción, al contemplar aquella pobre cabeza inclinada con amor sobre las teclas, probando su sonoridad hasta hacerlas dar la nota deseada, transparente, pura. Cada uno de los pedacitos de caoba sería fina copa en donde el misterio de la música rebosaría y se derramaría, tal un mágico licor que embriagaría las almas y pondría ritmo en los más groseros pies.

El mismo había plantado en el patio de su casa unas semillas de jícara traídas de Nicaragua, e hizo una hermosa barbacoa para que la planta se extendiera a su antojo. Los frutos largos, casi cilíndricos, pendían bajo la enramada. Los jugos de la tierra los henchían, el sol endurecía la cáscara e iba dorando los morenos vasos. Elías escogía los que le parecían más a propósito y los otros los dejaba para que la madre enriqueciera la vajilla de la casa. Una vez despojados de la

pulpa y completamente secos, eran bruñidos por sus manos. Luego los alineaba en cierto orden, bajo el teclado montado en un marco de madera, y allí los dejaba como una hilera de cantaritos puestos a colmarse en una fuente de sonidos. Sus dedos tornábanse minuciosos y delicados para colocar el pellejito cortado de la parte mas sucia de las tripas de gallina, sobre el agujero practicado en cada jícara; y la grosera membranilla quedaba lista para vibrar cuando la música brotara del beso o del golpe de los bolillos sobre el teclado. Con igual interés buscaba la cera para dar el tono y conseguía el hule crudo y los palitos para los bolillos.

Del conjunto saldrían los compases que pondrían a danzar a la gente joven y a la gente vieja con bríos. La alegría desolada dentro de su ser, salía y se rogocijaba sobre la marimba y se revolcaba entre las melodías que brotaban de ella como un niño sobre la hierba fresca de un prado bajo el cielo azul.

Elías Pizarro también era compositor y él hacía repetir a su marimba las armonías sorprendidas en el corazón del bosque, cuando el viento se mete entre las bóvedas del follaje inquietando a las criaturas de la selva para que despierten al amor, o cuando galopa sobre los altos zacatales entre los cuales asoma apenas la cornamenta del ganado; o bien las que escuchara en el murmullo—que a veces parece la palpación del silencio—con que se desliza hacia el mar la majestuosa mansedumbre del Tempisque en el verano, o las que había en el hondo rugido con que el río corre en la estación de las lluvias, cuando inunda devastador los campos.

Pero un acontecimiento movido por intereses desconocidos para él, y que parecían muy lejanos de esta vida mísera, vino a desviar el único rayo de sol que entraba en una morada desdeñada por el amor y la esperanza.

Fué en tiempo de los Tinoco, cuando la revolución del Sapoá.

Los hermanos Tinocos y el grupo de cortesanos que los ayudaban a sostenerse—ya por temor, ya por que así convenía a su vulgar egoísmo—alistó por medio del terror un ejército para que marchara a hacer frente a los insurrectos del Sapoá, y la tiranía pudiese seguir robando impunemente en el poder.

Entre las tropas que salieron del Guanacaste a defender el estúpido despotismo que asolaba el país, iba Elías Pizarro, quien no logró librarse a pesar de su encanijamiento y deformidad.

¿Qué fué de muchos de esos pobres

campesinos arrebatados a su hogar y a sus campos? Nadie ha dado nunca cuenta de su muerte, y a pesar de haber transcurrido algunos años sin noticias suyas, yo sé que más de una, entre las familias de esos desaparecidos, esperan inocentes! ver trasponer el umbral, de un momento a otro, al padre, al esposo, al hijo, cuyos huesos se hacen polvo en las tierras del Jobo o de Conventillos.

En el combate de Conventillos, la metralla se llevó los dos brazos de Elías Pizarro.

• •

Pasó el tiempo. La calma había vuelto al país con la caída de los Tinocos y los rebeldes pudieron tornar a su patria, gloriosos por su esfuerzo.

Pero Elías Pizarro no había regresado a Filadelfia. Tuvo que quedarse en un rancho en donde se le recogió por caridad, incapaz de moverse. Su familia nunca trató de averiguar su suerte.

¿Por qué permitió el destino, que lejos de toda asistencia médica, en medio de la suciedad, ni la hemorragia ni la gangrena acabasen con este harapo de vida?

El caso es que a los cinco meses de haberse restablecido el orden en el

país, un día, al oscurecer, entró el muchacho en la casa paterna. Había venido por senderos excusados y se metió en la cocina por el corral.

Junto al fogón dormitaba la vieja y se oía reír a las muchachas bajo el genízaro de la entrada.

Las mangas de la camisa andrajosa y sucia, pendían vacías a los lados del tronco desmedrado, y la brisa que entraba y salía a su antojo por las puertas abiertas, agitaba burlona aquellos colgajos.

Elías buscó con la mirada su marimba. Allí estaba en su rincón, y a la indecisa claridad de la tarde, parecía una gran perra recién parida, grandota y esquelética que anduviera husmeando con las ubres colgantes.

El se le acercó y el viento balanceó las mangas vacías sobre el teclado.

Elías Pizarro se arrodilló ante la marimba y se puso a besarla.

Un quejido salió de su pecho, pero al pasar por su laringe, transformóse en una especie de gruñido.

La viejecilla despertó.

—¿Quién anda ahí?—preguntó astutada. Con su modo de hablar fantástico y gutural. Elías contestó:

—Soy yo.

—¿Es verdad que te quedaste sin brazos?—dijo la madre despezándose con indiferencia. Y luego añadió:

—¡Y ora quien te va a mantener?

El mozo no respondió. Volvió a salir por donde entrara, y arrastrando los pies se dirigió al pastizal que pertenecía a la casa y que comenzaba en los linderos del pueblo, a la orilla del río. Internose en la pradera cuyo verde claro comenzaba a ensombrecerse. De rato en rato surgía de entre los altos zacatales, la cornamenta de un toro que pastaba oculto entre la hierba: levantaba hacia el cielo su hocico húmedo y lanzaba un bramido de enamorado impaciente. Quizá creía que allá arriba, hacia el poniente, en donde brillaba la luna nueva, una vaquita núbil, oculta entre el campo violeta, asomaba sus cachitos de plata.

La brisa pasaba su caricia sobre los flexibles tallos del zacate de guinea que se doblegaban dóciles y voluptuosos. También hacía flamear las mangas vacías de la camisa de Elías Pizarro.

En el oriente, las estrellas eran capullos de luz que se iban abriendo tímidos y tiernos.

Elías Pizarro se acercó al río.

¿Iría arrojarle en su corriente?

No, ni por un instante le pasó esta idea por la cabeza. Se tendió en un lugar en donde la hierba estaba recién cortada, y con la cara pegada al suelo se puso a sollozar.

CARMEN LIRA

### Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París  
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

### Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

Presbítero Pallais: <i>Caminos</i> (poe-sías) 1 vol. rústica.....	4.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i> .....	1.00
Paul Gerdaly: <i>Tú y Yo</i> .....	1.00
Azorín: <i>El chirrión de los políticos</i> .....	3.00
R. Rolland: <i>Vidas ejemplares</i> (Beethoven, Miguel Angel, Tolstoi) (1 tomo pasta).....	3.00
Homero: <i>Ilíada</i> (2 tms., pasta).....	6.00
Longfellow: <i>Evangelina</i> , Trad. en prosa de R. Merchán.....	1.20
Tolstoi: <i>Los Evangelios</i> (1 tom. pasta).....	3.00
Dante: <i>La Divina Comedia</i> (1 tomo pasta).....	3.00
Plutarco: <i>Vidas Paralelas</i> (2 tomos pasta).....	6.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms. pasta).....	9.00
Fray Luis de León: <i>Poesías originales</i> .....	1.25
Arturo Borja: <i>La flauta de brax</i> .....	2.00
Luis Carlos López: <i>Por el atajo</i> .....	5.00
B. Contreras: <i>Antología de poetas italianos</i> .....	0.75
Eurípides: <i>Tragedias</i> (un tomo, pasta).....	3.00